

apariencia, un círculo vicioso indicado ya por Stuart Mill en su controversia con Hamilton, puesto que si el valor del testimonio de conciencia depende de la veracidad del Creador, la afirmación de la existencia de éste no puede depender del testimonio de conciencia. Pero aquí no se trata de discutir los puntos débiles del psicologismo escocés, sino únicamente de mostrar su absoluta conformidad con las ideas de Luis Vives en este punto capitalísimo: coincidencia que en Hamilton, á lo menos, no puede ser fortuita, puesto que aquel hombre de inmensa lectura filosófica, y que conocía

quadam ferina, non studiis ac persuasionibus infectum et detortum: artis, sive arbitrii, sive consilii sunt quæ ab aliis aliter et alias censentur. Quod naturale est non potest esse ex falso, neque enim falsas de rebus opiniones humanis ingenii Deus indidit, nec potest certius esse veri argumentum quam omnes naturaliter sic sentire, nam si magni alicujus et sapientissimi viri auctoritas jure habet momenti plurimum, quanto habebit majus auctoritas generis humani, et quidem a natura, verissimo ac certissimo duce? Vult Deus nos opus suum, veras de se ac rebus omnibus habere sententias.

Y más adelante, *adparet ergo a natura esse nobis inditum Deum esse.... Tum quæ sunt naturalia in iis apertissime se produnt quæ repentina consilium omne excludunt. (De Prima Philosophia, liber primus.)*

Acerca de Vives, el mejor trabajo que conozco es el de Lange, inserto en la *Encyclopædie des gesammten Erziehungs und Unterrichtswesens*, tomo IX, páginas 737 á 814.

hasta los escolásticos más oscuros, hacía grandísimo aprecio de las obras de Luis Vives, á quien más de una vez cita en sus ensayos ó *Discussions* sobre la Lógica, llamándole *pensador tan profundo como olvidado*. Menos verosímil parece que le hubiera leído Kant, hombre más cuidadoso de su propio pensamiento que del ajeno; pero son tan notables y singulares algunas de las semejanzas aun en el tecnicismo, que tampoco nos atreveremos á negarlo, mucho más si se tiene en cuenta que las obras del filósofo español nunca han sido raras, sino muy difundidas por toda Europa, y que precisamente en los años inmediatos á la aparición de la *Crítica de la Razón Pura*, había vuelto á llamar sobre ellas la atención de los doctos una nueva y magnífica edición salida de las prensas de Montfort en Valencia (1).

Lo que no parece tan verosímil que hubiera llegado á manos del padre de la moderna filosofía crítica, dada la rareza de sus tres edicio-

(1) Tan evidente es la analogía entre algunos conceptos de nuestro filósofo y otros de la doctrina kantiana, que el mismo Kant pudo leer impresa una tesis de Schumann (*De Ludovico Vive Dissertatio, Halæ, 1792*), en que se hace notar esta analogía y se considera á Vives como precursor de Kant. Me ha sido imposible adquirir esta disertación, de la cual sólo tengo noticia por una referencia de Lange en su artículo ya citado.

nes, es el libro del médico Francisco Sánchez, *De multum nobili et prima, universali scientia quod nihil scitur*, publicado por primera vez, que yo sepa, en 1581 (1), pero escrito en 1576, como del prólogo y de la dedicatoria á Diego de Castro se infiere. Del autor de este libro singularísimo pocas noticias tengo, fuera de las que ya consignó su primer biógrafo y discípulo, Ramón Delasse, al frente de la colección de las obras médicas y filosóficas de Sánchez, que se imprimieron juntas en Tolosa de Francia en 1636, noticias que luego con poca variedad, reprodujeron Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova*, Bayle en su famoso *Diccionario*, y Barbosa Machado en su *Biblioteca Lusitana*. Dicese, ignoramos con qué fundamento, que era de origen judío, y podemos afirmar que nació por los años de 1552; su patria fué según unos, la ciudad de Tuy, según otros la de Braga ó algún pueblo de su archidiócesis, en tiempos en que distaba mucho de estar consumada la funesta excisión moral de la Península, y en que todavía el metropolitano Bracarense disputaba á Toledo y á Tarragona la primacía de las Españas. Por motivos que no se indican, pero que algo tendrían que ver con su condición de

(1) No he visto esta primera edición, pero sé que existe en las bibliotecas de Tolosa y Montpellier.

cristiano nuevo, el médico Antonio Sánchez, padre de nuestro filósofo, hubo de trasladarse á Francia y establecerse en Burdeos, donde ejerció su profesión con mucho crédito y donde era grande el concurso de españoles y duraba aún la fama del insigne humanista valenciano Juan Gelida, llamado por Luis Vives *alter nostri temporis Aristoteles*. Comenzó Francisco Sánchez sus estudios en Francia y los continuó en Italia, haciendo larga residencia en Roma. Pero el campo principal de sus triunfos fué la escuela médica de Montpellier, en la cual se graduó de doctor en 1573, y después de haber sido ayudante del famoso médico Huchet, obtuvo en brillantes oposiciones, á los veinticuatro años de edad, una de las principales cátedras de aquel gimnasio, la cual desempeñó por espacio de once años. Las guerras civiles llamadas *de religión* y los tumultos del tiempo de la Liga le hicieron abandonar aquel quieto asilo de la ciencia, refugiándose en Tolosa, donde vivió el resto de sus días, ocupado en la práctica de la medicina, que le granjeó estimación y honores. Murió en 1623, á los setenta años de edad (1). Sus hijos Dionisio y

(1) Un distinguido profesor del Mediodía de Francia, y buen amigo de España, Mr. Henry Pierre Cazac, que me honra preparando una traducción francesa de algunos de mis ensayos filosóficos, me ha comunicado con fecha de

Guillermo Sánchez hicieron imprimir en 1636 la edición general de sus obras, que comprende gran número de tratados de medicina,

14 de Mayo algunos detalles biográficos de gran novedad, relativos á la persona de Francisco Sánchez, y que rectifican ciertas fechas tenidas hasta ahora por seguras.

Consta en el libro de Astruc *Mémoires pour servir à l'histoire de la Faculté de Médecine de Montpellier* (París, 1767, 4.º), que Francisco Sánchez, *español*, vino á estudiar Medicina á Montpellier, y se inscribió por primera vez en los registros de matrícula en 1573. Es imposible, por tanto, que en esa fecha se hubiese graduado de Doctor. Astruc añade que se graduó en años sucesivos; pero no dice una palabra de su profesorado, y en cambio advierte que Sánchez, terminada su carrera, pasó de Montpellier á Tolosa, en cuya Universidad obtuvo una regencia ó cargo de regente *dont il s'acquitta avec beaucoup d'honneur*.

La dedicatoria del *Carmen de Cometa* (1578) está datada de Tolosa, donde Sánchez enseñó Filosofía veinticinco años, y Medicina por espacio de doce.

Existe en la sala de Actos de la Universidad de Tolosa el retrato de Francisco Sánchez con la siguiente inscripción, que rectifica la fecha de su muerte admitida por todos los biógrafos, y que también admitt yo en la primera edición de este discurso. La inscripción dice así: *Franciscus Sanchez Lusitanus, antecessor regius saluberrimæ facultatis medicinæ, in alma Universitate tolosana, profesor. Obiit anno MDCXXIII, ætatis suæ LXX. — Quid? Liberalium artium cathedram prius occupaverat.*

El *Quid?* es muy significativo como divisa escéptica, y ninguna otra tan apropiada para ponerse al pie de un retrato de nuestro filósofo. El cambio de 1623 por 1636 se explica fácilmente por un trastrueque de letras, que ha venido pasando de unos á otros escritores.

entre los cuales descuellan los tres libros *De Morbis internis*, los dos de *De Febribus et earum symptomatibus*, y la *Summa Anatomica* en cuatro libros, sin hacer mérito de muchos comentarios á Galeno y de una *Censura de las obras de Hipócrates* (1). Los libros de filosofía

Sánchez dirigió por espacio de treinta años el hospital de Santiago (*Hôtel-Dieu St. Jacques*) de Tolosa, según la *Biographie Toulousaine* (dos volúmenes 8.º, 1823).

Describiendo el retrato de Sánchez, conservado en Tolosa (donde también está el de Raimundo Sabunde), me dice el Sr. Cazac que piensa reproducirle al frente de su versión francesa de este discurso: «*Tête longue avec une expression de finesse, qui ne exclut pas une certaine bonhomie.*»

(1) *Opera Medica et Philosophica..... Tolosæ Tectosagum, apud Petrum Bosc. 4.º, 1636. Contiene:*

De Morbis internis, lib. III.

De Febribus et earum symptomatibus, lib. II.

De Venenatis omnibus cum signis et remediis.

De Purgatione, liber singularis.

De Phlebotomia.

De locis in Homine.

Observationes in Praxi.

De formulis præscribendi medicamenta, ad Tyrones.

Pharmacopœia, libri III.

De Theriaca.

Examen Opiatorum, Sympliciorum, Pilularum et Electuariorum solidorum, libri IV.

In lib. Galeni de pulsibus, ad Tyrones Commentarii.

In ejusdem, librum «De differentiis morborum» Commentarii.

In ejusdem, lib. «De Causis Morborum».

In ejusdem, «De differentiis symptomatum».

In «De Causis Sympomatum», lib. III. Commentarii.

no son más que cuatro y muy breves (1); tres de ellos comentarios ó más bien observaciones escépticas sobre algunos tratados aristotélicos como el *De divinatione per somnium* y la *Physiognomia* (este último tenido hoy por apócrifo). El cuarto y el más importante de todos es el *Quod nihil scitur*, obra que, á pesar de tener muy pocas páginas y estar escrita con rapidez, ligereza y gracia de estilo que ciertamente convidan á su lectura, ha sido hasta el presente mucho más citada que leída. El título paradójico que su autor la dió ha extraviado á la mayor parte de los críticos, induciéndoles á creer que se trataba de una de-

Censura in Hippocratis Opera Omnia.

Summa Anatomica, lib. IV.

De Longitudine et brevitate vitæ liber.

In Lib. Aristotelis Physiognomicon Commentarius.

De divinatione post somnium, ad Aristotelem.

Quod nihil scitur liber.

De estos cuatro tratados filosóficos se hizo edición suelta en Rotterdam.

A estas obras de Francisco Sánchez hay que añadir un tratado *De Semine*, unas *Objectiones et Erotemata super Geometricas Euclidis demonstrationes ad Cristophorum Clavium*, y un libro en verso sobre el cometa que apareció en el año 1577.

(1) Consta que existieron otros tres, citados en el *Diccionario* de Moreri: *Método universal de las ciencias*, en castellano; *Examen Rerum, Tractatus de Anima*. Gran descubrimiento sería el de estos libros, que quizá existan aún en alguna biblioteca del Mediodía de Francia.

clamación contra las ciencias, semejante á la de Cornelio Agripa. Nada más lejano de la mente de Sánchez que imitar el mal ejemplo de aquel charlatán filosófico. Sánchez, hombre de ciencia positiva, médico de los más famosos de su tiempo, matemático y astrónomo que no dudó medir sus fuerzas con el mismo Cristóbal Clavió, no iba á perder su tiempo en un vano ejercicio retórico: su escepticismo no podía ser más que *propedéutico*; si atacaba la ciencia de su siglo, era para preparar los caminos á una concepción científica que él tenía por más racional y elevada. Es cierto que de su sistema no nos queda más que la parte negativa ó destructiva, pero el autor anuncia constantemente que dará luego una parte positiva, y que el actual opúsculo sólo puede considerarse como introducción ó trabajo previo (1). Donde quiera anuncia su formal propósito de intentar la reconstrucción de la ciencia, basándola no

(1) *Parturimus propediem nonnulla alia, quibus hoc prævium esse oportet* (pág. 4). *Mihi namque in animo est firmam et facilem quantum possim scientiam fundare: non vero chimæris et fictionibus a rei veritate alienis, quæque ad ostendendam solum scribentis ingenii subtilitatem, non ad docendas res comparatæ sunt plenas..... Hoc ego non scientiam voco, sed imposturam, somnium, simile his quæ ab agryrtis et circulatoribus fiunt..... Interim nos ad res examinandas accingentes, an aliquid sciatur et quomodo, libello alio præponemus: quo methodum sciendi, quantum fragilitas humana patitur, exponemus* (pág. 137).

en quimeras y ficciones, sino en la propia realidad de las cosas, huyendo de imposturas, sueños, delirios y prestidigitaciones filosóficas. Su empeño es no menor que lo fué luego el de Descartes: rehacer totalmente la síntesis científica, mostrando: 1.º Si es posible saber alguna cosa, y 2.º Cuál puede ser el método que nos lleve á esta ciencia segura y novísima.

Hay, pues, mucho que decir sobre el escepticismo de Sánchez, y para comprender su verdadera posición científica conviene oírle á él mismo, que la expone con toda sencillez y lisura en el prólogo de su tratado:

«Innato es en los hombres el deseo de saber, pero á pocos es concedida la ciencia. Y no ha sido en esta parte mi fortuna diversa de la del mayor número de los hombres. Desde mi primera edad fuí inclinado á la contemplación de la naturaleza y á inquirir menudamente sus secretos. Y aunque al principio mi espíritu, ávido de saber, solía contentarse con cualquier solución, no se pasó mucho tiempo sin que la saciedad me obligase á arrojar tan indigesto alimento. Comencé entonces á buscar algo que mi mente pudiese comprender con exactitud, y en cuyo conocimiento pudiese reposar, pero no encontré nada que llenase mis deseos. Revolví los libros de los antiguos, interrogué á los doctores presentes: unos me respondían una cosa, otros otra; nadie me daba respuesta

que verdaderamente me satisficiese. Confieso que algunos sistemas mostraban ciertas sombras y lejos de verdad, pero en ninguno encontré la verdad absoluta, el juicio recto y sincero sobre las cosas. *Entonces me encerré dentro de mi mismo y comencé á poner en duda todas las cosas, como si nadie me hubiese enseñado nada, y empecé á examinarlas en si mismas, que es la única manera de saber algo. Me remonté hasta los primeros principios, y cuanto más pensaba, más dudaba; nunca pude adquirir conocimiento perfecto (1). Sentí tentaciones de desesperar, pero persistí; volví á acercarme á los Maestros y les pregunté por la verdad. ¿Y qué me contestaron? Cada uno de ellos se había construído una ciencia con sus propias imaginaciones ó con las ajenas; de ellas inferían consecuencias, y de estas consecuencias otras y otras, sin atender á las cosas mismas, de donde resulta un laberinto de palabras sin fundamento alguno de verdad, y en vez de una recta interpretación de los fenómenos naturales, se nos ofrece un tejido de fábulas y ficciones que ningún entendimiento sano puede*

(1) *Ad me proinde memetipsum retuli, omniaque in dubio revocans, ac si a quopiam nihil unquam dictum, res ipsas examinare cœpi: qui verus est sciendi modus. Resolvebam usque ad extrema principia. Inde initium contemplationis faciens, quo magis cogito, magis dubito, nil perfecte complecti possum (pág. 6).*

recibir. ¿Quién ha de comprender entidades que no existen: los átomos de Demócrito, las ideas de Platón, los números de Pitágoras, los universales de Aristóteles, el intelecto agente? Con este cebo pescan á los ignorantes, prometiéndoles que les revelarán los recónditos misterios de la Naturaleza. Los infelices lo creen, vuelan á coger los libros de Aristóteles, los leen y releen, los aprenden de memoria, y es tenido por más docto el que mejor sabe recitar el texto aristotélico. Si les niegas algo de lo que allí se contiene, te llaman blasfemo; si arguyes en contra, te apellidan sofista. ¿Y qué le vas á hacer? Si quieren vivir eternamente engañados, que vivan en buen hora. No escribo para tales hombres, ni me importa que lean ó no lean mis escritos. No faltará entre ellos alguno que, leyéndolos y no entendiéndolos (porque el asno, ¿qué sabe del son de la lira?) querrá herirme con venenoso diente. Pero le sucederá lo que á la culebra de la fábula de Esopo, que quiso morder la lima y sólo consiguió quebrarse los dientes. Yo me dirijo tan sólo á aquellos que están acostumbrados á no jurar en las palabras de ningún maestro y á examinar las cosas por sí propios, sin más criterio que los sentidos y la razón. Tú, quien quiera que seas, con tal que tengas la misma condición y temperamento que yo; tú, que tantas veces en el secreto de tu alma habrás dudado sobre la natu-

raleza de las cosas, ven ahora á dudar conmigo; ejercitemos juntos nuestras facultades mentales; mi juicio será libre, pero no será irracional. Y ahora me preguntarás: ¿qué novedad puedes traernos después de tantos y tan ilustres sabios? ¿por ventura la verdad te estaba esperando á ti? No me ha esperado, ciertamente, pero tampoco antes les había esperado á ellos. Porque Aristóteles haya escrito, ¿me he de callar yo? ¿Por ventura Aristóteles llegó á apurar todo el poder de la naturaleza ó á abarcar todo el ámbito de los seres? No lo creeré, aunque me lo prediquen algunos modernos, doctísimos en verdad, pero exageradamente adictos al Estagirita hasta llamarle dictador de la ciencia. En la república de las letras, en el tribunal de la verdad, nadie juzga, nadie tiene imperio, sino la verdad misma. Yo tengo á Aristóteles por uno de los más agudos y sutiles escudriñadores de la naturaleza, y uno de los más admirables ingenios que ha producido la débil naturaleza humana, pero afirmo que ignoró muchas cosas, que en otras muchas anduvo vacilante, que enseñó no pocas con gran confusión, otras muy sucintamente, que otras las pasó en silencio ó no se atrevió á tocarlas. Hombre era lo mismo que nosotros, y muchas veces, contra su voluntad, tuvo que dar muestras de la flaqueza humana. Tal es nuestro juicio. Suceden tiempos á tiempos, y con los tiempos se mudan

las opiniones de los hombres; cada cual de ellos cree haber encontrado la verdad, siendo así que de mil que opinan variamente, sólo uno puede estar en lo cierto. Séame, pues, lícito, lo mismo que á los demás, y con ellos ó sin ellos, hacer la misma indagación; quizá encontraré la verdad. Más fácilmente cogen la presa muchos perros que uno solo. Y no te admire que después de tantos y tan ilustres varones venga yo á mover esta piedra, pues no será la primera vez que un ratoncillo rompió los lazos que sujetaban al león. Y no por eso te prometo la verdad, porque yo la ignoro lo mismo que todas las demás cosas; pero te prometo inquirirla en cuanto yo pueda, para ver si sacándola de las cavernas en que debe estar encerrada, puedes tú perseguirla en campo raso y abierto. Pero tampoco tengas muchas esperanzas de poder alcanzarla nunca, ni menos detenerla; conténtate, como yo, con perseguirla. Este es mi fin; éste es mi objeto; éste debe ser también el tuyo. Empezando, pues, por los principios de las cosas, vamos á examinar los fundamentos que han puesto á su doctrina los más graves filósofos. Pero no me detendré mucho en cuestiones particulares, porque quiero llegar pronto á exponer aquellas nociones filosóficas que sirven de fundamento á la Medicina, de la cual soy profesor. Si quisiera recorrer todo el vasto campo de la

ciencia, la vida me resultaría muy corta. No esperéis tampoco de mí un estilo culto y adornado. ¡Ojalá pudiera yo escribir así! pero entretanto que me pusiera á escoger las palabras y á buscar giros elegantes, la verdad se me escaparía de entre las manos. Si buscas elocuencia, pídesela á Cicerón, que la tenía por oficio; yo, bastante bien habré escrito si escribo la verdad. Eso de bellas palabras quédese para los poetas, para los cortesanos, para los amantes, para las meretrices, para los rufianes, aduladores, parásitos y otras personas semejantes á éstas y que precian en mucho el bien hablar. Lo que á la ciencia le basta y lo único que en la ciencia se requiere, es la propiedad del lenguaje. Tampoco me pidas muchas autoridades ni gran reverencia con los maestros, porque esto más bien sería indicio de ánimo servil é indocto, que de un espíritu libre y amante de la verdad. Yo sólo tengo por guía á la naturaleza. La autoridad manda creer; la razón demuestra; aquélla es más á propósito para la fe, ésta para la Ciencia.»

El pasaje es ciertamente largo. Pero ¿no es verdad, Sres. Académicos, que no tiene desperdicio? ¿Habéis leído alguna página del siglo xvi escrita con mayor libertad filosófica que ésta? ¿No es verdad que en ella aparece retratado de cuerpo entero nuestro filósofo peninsular con todo el bizarro desenfado de su

estilo, con toda la arrogancia retadora de su espíritu conquistador y aventurero, marcado tan hondamente con el sello de la raza? ¿No es cierto que al pasar por los labios de Sánchez el verbo de la emancipación filosófica proclamado por Vives, Gómez Pereira y Huarte, parece como que adquiere un sabor más acre, una nota más aguda, y nos suena como clarín estridente en medio de la algazara de la batalla? Yo comenzáis á vislumbrar por qué es escéptico Sánchez y en qué medida lo es. Él nos ha dado sin ambajes ni rodeos su profesión de duda filosófica. Y observadlo, señores: esas palabras con que Francisco Sánchez en 1576 nos declara que después de haber pasado por la filosofía de las escuelas, y por un período en que le invadió lo que Kant llama *el tedio de pensar*, buscó una tabla á que asirse en el naufragio de todas las tesis dogmáticas, y se encerró dentro de su propia conciencia y empezó á dudar de todo, hasta de los primeros principios, son punto por punto las mismas con que Descartes había de encabezar en 1637 su *Discurso sobre el método*. Y ved, señores, cómo cada día resulta más evidente que el cartesianismo se formó en gran parte con despojos de la filosofía española: tomando de Sánchez la duda metódica y el replegarse en propia conciencia; tomando de Gómez Pereira el razonamiento inicial que con nombre de silogismo ó

entimema no es más que la afirmación espontánea del hecho primitivo de conciencia, base del método psicológico.

No esperéis de mí, ni cabe en los límites de este discurso, que ya va adquiriendo desusadas proporciones, un análisis completo del libro de Sánchez. Muy corto es, pero no hay en él palabra perdida; para mostrar toda su originalidad, habría que pesarlas una tras otra. Además, este trabajo ha sido ya brillantemente realizado en una tesis alemana, á la cual me remito para todos los desarrollos que aquí se echen de menos (1). A mi propósito baste indicar aquellos puntos cardinales que, separando á Sánchez del escepticismo vulgar, lo convierten en verdadero precursor del criticismo positivista. Otros pensadores, especialmente españoles y también italianos, le habían precedido en sus violentos ataques contra el principio de autoridad escolástica, en sus valientes afirmaciones de la autonomía científica y de los fueros del propio pensar, en su guerra contra Aristóteles, y aun si se quiere en su anticipado car-

(1) Franz Sanchez. *Ein Beitrag ur Geschichte der philosophischen Bewegungen im Anfange der neueren zeit*. Von Dr. Ludwig Gerkrath, Privat-Dozenten der Philosophie an der Universität zu Bonn. Wien, 1860, Wilhelm Braumüller, 4.º

tesianismo (1). Pero la originalidad de Sánchez consiste en ser un escéptico empedernido en cuanto á toda realidad metafísica superior al mundo de los fenómenos, y un fogoso creyente en los resultados de la ciencia experimental, como no podía menos de serlo un tan célebre anatómico como él, que, según refiere su biógrafo, había formado una especie de sociedad secreta para hacer la disección de los cadáveres del hospital de Tolosa (2). Un tan aventajado discípulo y émulo de Vesalio, de Servet, de Realdo Colombo y de Fallopio, no podía profesar, en cuanto á las ciencias naturales, aquella manera de grosero y plebeyo escepticismo que tanto ofende en las paradojas de Cornelio Agripa. Tenía que ser un escéptico empírico, como lo fueron los médicos alejandrinos sucesores de Enesidemo, como lo

(1) Que éste no es en Sánchez una indicación fugitiva, sino resultado de una posición habitual de su espíritu, lo demuestra la insistencia con que vuelve al asunto en varias partes de su libro. *Ut vero ad res me converti, tunc rejecta in totum priore fide potius quam scientia, eas examinare ceppi, ac si nunquam a quopiam dictum aliquid fuisset: quumque antea scire mihi videbatur, tam tunc ignorare et in dies magis: eoque usque res ducta est, ut nil scire videam vel scire posse sperem: quoque magis rem contempler, magis dubito* (pág. 132).

(2) *Dum secreto conclavi defuncta nosocomii Tolosani corpora dissecaret.*

fué, por ejemplo, Menodoto, el adversario de Galeno.

Á primera vista, nada más radical que las primeras afirmaciones de Sánchez: ni siquiera está seguro de que no sabe nada; se limita á conjeturarlo vehementemente de sí mismo y de los demás (1). No podemos conocer la naturaleza de ninguna cosa (2). Y si no la conocemos, ¿cómo ha de ser posible la demostración? Y si no podemos demostrar nada, ¿cómo nos atrevemos á definirlo? (3). ¿Cómo tenemos la audacia de poner nombres á las cosas que ignoramos? Cuando se define el hombre «animal racional mortal», ¿qué quiere decir *animal*, qué quiere decir *racional*, qué quiere decir *mortal*? No se puede salir del paso como no sea definiendo por géneros y diferencias superiores, hasta llegar al Ente último, que nadie sabe lo que significa, pero que ya no se define, porque no tiene género superior. Ente, sustancia, cuerpo, viviente, animal, hombre....., palabras y palabras. ¿Qué quiere decir «cualidad», qué

(1) *Nec unum hoc scio, me nihil scire: conjector tamen nec me nec alios* (pág. 12).

(2) *Rerum naturas cognoscere non possumus, ego saltem. Si dicas te bene, non contendam, falsum tamen est* (pág. 13).

(3) *Quod si non cognoscamus, quo pacto demonstrabimus? Nullo. Tu tamen diffinitionem dicis esse quæ rei naturam demonstrat. Da mihi unam. Non habes* (pág. 11).

«naturaleza, alma, vida»? Cada filósofo entiende estos términos á su modo, y los hace servir á su propósito. Y si queremos guiarnos por el uso vulgar, tampoco encontramos uniformidad ni concordia.

Sánchez es, por consiguiente, un nominalista acérrimo, para quien las palabras no son más que signos de sensaciones. Pero ¿hemos de creer por eso que no tenga un concepto de la ciencia? Sí que le tiene, y es cardinal en su filosofía; pero antes de llegar á él, empieza por analizar y rechazar el de Aristóteles: *scientia est habitus per demonstrationem acquisitus*. «Es definir lo obscuro por lo más obscuro (dice nuestro filósofo): todavía entiendo menos lo que es el hábito que lo que es la ciencia. Y volvemos á enredarnos en la serie de los predicamentos, para venir á parar en el consabido Ente. Y ¿qué son los predicamentos? Una serie larga de palabras inventadas para que los lógicos disputen eternamente sobre su orden, sobre su número, sobre sus diferencias y propiedades, sepultándose á sí propios y á los míseros oyentes en un caos profundísimo de ineptias, de que está llena la misma lógica de Aristóteles, y mucho más las dialécticas posteriores. Á esto se añade la ficción aristotélica de los universales, no menos vacía que la de las ideas platónicas; y esa nueva quimera del entendimiento agente, abstrayente ó iluminante, que más bien

llamaríamos *obscureciente*. Así se forma todo ese laberinto de disputas eternas sobre los términos equívocos, unívocos, análogos, denominativos, de primera intencion, de segunda intención, categoremáticos, sincategoremáticos y otras innumerables denominaciones. ¡Y á esto llamamos ciencia! En vez de perfeccionar el entendimiento, educamos generaciones de insensatos; en vez de investigar las causas de los fenómenos naturales, las inventamos, y el que las multiplica más y las hace más oscuras, pasa por más sabio; una ficción resuelve otra ficción, y un clavo impele otro clavo. Más que ejercicio de filósofos, parece escamoteo de prestidigitadores ó nigromantes.»

«¿Y cómo hemos de creer (prosigue Sánchez) que la demostración pueda fundarse en el silogismo? Me dirás ¡oh escolástico! que soy blasfemo, y que merezco ser apedreado. Tú sí que mereces palos, por dejarte engañar con tales trampantojos. Anda, pruébame que el hombre es un ente. Y empezáis á discurrir de este modo: «el hombre es sustancia, la sustancia es ente; luego el hombre es ente». Y yo dudo de lo primero y dudo de lo segundo, y por tanto, dudo de la conclusión. Y tú sigues probando: «el hombre es cuerpo, el cuerpo es sustancia; luego el hombre es sustancia». Y yo dudo de la mayor y de la menor. Y tú continúas: «el hombre es viviente, el viviente es cuerpo;

luego el hombre es cuerpo». Y como prosigo en mis dudas, me lanzas este otro silogismo: «el hombre es animal, el animal es viviente; luego el hombre es viviente». ¡Dios mío, qué farrago para probar que el hombre es un ente! La prueba es más oscura que la cuestión. Y á todo esto continuamos ignorando lo que es ente, lo que es substancia, lo que es vida, lo que es animal, y lo que es hombre. ¿Qué has adelantado con tus silogismos? Tan dudosa has dejado la demostración como estaba al principio, y aun recelo que ese Ente de que hablas haya quedado tan en el aire, que nos aplaste á ti y á mí en su caída. ¿Para qué quieres engañarte y engañarme con esas concatenaciones de términos verbales? Confiesa como yo que no sabemos una palabra. Todos esos grados intermedios no sirven más que para confundir la mente y disimular la ignorancia. Casi todo eso que llamáis Metafísica se reduce á puras definiciones nominales. Ignorando las partes se ignora el todo, y la verdad es que no sabemos ni el todo ni las partes. Pero yo tengo la ventaja de confesar mi ignorancia, como los escépticos, académicos y pirrónicos, y como aquel sapientísimo y excelente varón llamado Sócrates, si bien éste, á mi entender, afirmó demasiado cuando dijo que no sabía nada, puesto que en rigor ignoraba esto lo mismo que todo lo demás. Sin duda por eso no escri-

bió nunca una letra, y yo, mirándolo bien, debía seguir su ejemplo, pues ¿qué cosa podré decir que esté libre de error ó de falsedad? Todas las cosas humanas me parecen sospechosas, empezando por estas mismas que voy escribiendo (1). Pero no me callaré, sino que diré libremente que creo ó sospecho que no sé nada, para que tú ¡oh lector! no te fatigues en vano esperando que algún día vas á obtener la verdad; y si después de haberte enseñado esto, llego á descubrir algo de lo que la naturaleza nos encubre, ni aun de este descubrimiento me cuidaré mucho, porque al fin todo es vanidad, como dijo el hombre más sabio de este mundo.»

En suma, que la ciencia, suponiendo que en algún modo sea posible, no se obtendrá nunca ni por método deductivo ni por demostración. La demostración es un sueño de Aristóteles, tan sueño como la República de Platón. No existe ni es posible demostración alguna. El silogismo no ha servido para fundar ninguna ciencia, sino para echarlas á perder y confundirlas todas (2). Sirve sólo para apartar los hombres de la contemplación de la realidad, y bur-

(1) *Mihi enim humana omnia suspecta sunt, et hæc ipsa, quæ scribo modo* (pág. 23).

(2) *Nulla his unquam parva scientia, imo deperditæ multæ turbatæque sunt horum causa* (pág. 25).

larlos é iludirlos con sombras y apariencias engañosas (1).

En resolución, Francisco Sánchez declara que de Aristóteles y de sus discípulos nunca sacó su espíritu más positiva ventaja que la de moverle con sus contradicciones y dificultades á «huir de ellos y á refugiarse en la realidad de las cosas» (*ad quamlibet rem contemplandam me accinxi..... iis dimissis ad res confugi, inde iudicium petiturus*). «La ciencia no está en los libros, sino en las cosas. El que me muestra alguna con el dedo, no produce en mí la visión, sino que ejercita la potencia visual para que se reduzca á acto.» Gran necedad le parece á nuestro escéptico el suponer que la demostración puede tener fuerza necesaria como derivada de principios eternos é inviolables, cuando en primer lugar es dudoso que tales principios existan, y si existen, son enteramente incógnitos para nosotros, que somos seres corruptibles y sobre manera violables en poquísimo tiempo. La verdadera ciencia, si es que alguna ciencia existe, ha de ser ciencia libre y nacida de libre entendimiento, y si no percibe la cosa en sí

(1) *Tanta horum est stupiditas, scientiæque hujus syllogisticæ arguties, subtilitasque, ut rebus in totum oblitis, ad umbras se convertiant* (pág. 26).—*Alia enim (scientiæ) in rebus fundantur: hæc vero figmentum subtile est nulliusque usus..... est quæ homines a rerum contemplatione revocet, in eque detineat* (pág. 26).

misma, tampoco la percibirá obligada por los artificios dialécticos de ninguna demostración (1).

Á veces el menosprecio de la ciencia escolástica llega á tal punto en Francisco Sánchez, que, dirigiéndose á su interlocutor supuesto, le exhorta á que abandone el pueril ejercicio de juntar absurdas proposiciones para construir un silogismo bárbaro, y se dedique á cualquier arte liberal ó mecánica, porque un buen arquitecto, un buen curtidor, un buen zapatero y hasta uno malo y remendón, valen más que un inepto filósofo. Pero su humorismo escéptico le impone en seguida una salvedad necesaria: «tú no me puedes entender, porque no sabes nada, y como yo también lo ignoro todo, tampoco te podría persuadir de ello, por mucho que me empeñara.»

Pero en último caso, si la ciencia existe, ó puede existir en lo sucesivo, nunca habrá de ser un fárrago de conclusiones dialécticas y de especies varias, sino una *visión interna* (scien-

(1) *Et illud mihi stultum admodum videtur quod quidam astruunt, demonstrationem ex æternis et inviolabilibus necessario concludere et cogere: cum forsitan talia nulla sint, aut si quæ sint, nobis omnino incognita ut talia sunt qui tum maxime corruptibiles, parvoque admodum tempore violabiles multum simus. Quare contra vera scientia, si quæ esset, libera esset, et à libera mente, quæ si ex se non percipiat rem ipsam, nullis coacta demonstrationibus percipiet* (pág. 28).

tia autem nil aliud est quam interna visio), una intuición directa de las cosas singulares ó individuales. De aquí se infiere, y Sánchez lo deduce con su rigor nominalista y fenoménico, que la ciencia sólo puede ser ciencia de cada cosa en particular y no de muchas á un tiempo, así como de cada objeto no se da más que una visión (1). No es posible entender perfectamente dos cosas á la vez, como no es posible percibir á un tiempo dos objetos. Pero así como todos los hombres, específica ó nominalmente, son un hombre solo, también la visión se llama una, aunque sea de muchas cosas, y aunque sean muchas visiones á un tiempo. Y así podemos decir que la Filosofía es una ciencia sola, aunque sea contemplación de muchas cosas, cada una de las cuales exige antes particular contemplación. Una ciencia basta, en rigor, para todo el mundo, y todo el mundo no basta para la ciencia. «Para mí, la menor cosa de este mundo sería materia de contemplación para toda la vida, y no por eso tendría yo la esperanza de haberla conocido bien. Créeme: muchos son los llamados y pocos los escogidos, y si quieres hacer la prueba, ponte

(1) *Unius enim rei solum scientia esse potest. Imo uniuscujusque rei per se solum est scientia, nec plurium simul, quemadmodum et unius solum cujusque objecti visio una* (página 30).

á analizar un insecto, y verás lo poco que llegas á saber» (1).

La ciencia no puede ser un ejercicio de memoria, aunque la memoria sea necesaria para conservarla; ni podemos afirmar que su objeto esté en nosotros, puesto que nuestras mismas facultades nos son imperfectamente conocidas, y nada sabemos, en rigor, ni de nuestro cuerpo, ni de nuestra alma, ni de nuestra inteligencia, ni de las imágenes de nuestra fantasía (2). Existan ó no existan las cosas, y respondan á ellas sus imágenes ó no respondan, la ciencia no puede ser un hábito ni una cualidad, sino una visión, un acto simple de la mente, un acto perfecto desde la primera intuición (3). Y esto no por la reminiscencia platónica, que Sánchez combate largamente con razones análogas á las

(1) *Sufficit enim una scientia toti orbi, nec tamen totus hic ei sufficit. Mihi vel minima mundi res totius vitæ contemplationi sat superque est, nec tamen tandem eam spero me nosse posse. Quomodo igitur tot scire unus homo valeat? Imo, crede mihi, multi sunt vocati, pauci vero electi: in te ipso experire, rem aliquam contemplare, vermem si velis, eius animam: nil captare possis* (pág. 30).

(2) *Non tamen inde colligitur in nobis omnia esse, imo contrarium: cum sane in nobis corpus, anima, intellectus, facultates, imagines, plura quæ tamen neutiquam perfecte cognoscimus* (pág. 31).

(3) *Scientia qualitas non est, nisi visionem qualitatem dicere velis: totius mentis actio simplex, quæ vel primo intuitu perfecta esse potest* (pág. 32).